

SUJETOS COLONIALES: ESCRITURA,
IDENTIDAD Y NEGOCIACIÓN
EN HISPANOAMÉRICA
(SIGLOS XVI-XVIII)

ED. CARLOS F. CABANILLAS CÁRDENAS



CON PRIVILEGIO . EN NEW YORK . IDEA . 2017

SUJETOS COLONIALES: ESCRITURA, IDENTIDAD
Y NEGOCIACIÓN EN HISPANOAMÉRICA
(SIGLOS XVI-XVIII)

CARLOS F. CABANILLAS CÁRDENAS (ED.)

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)
COLECCIÓN «BATIHOJA», SERIE PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS (PEI)

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)
SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES, ESPAÑA)
SUBDIRECTORA (PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS-PEI): MARTINA VINATEA RECOBA (UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO, PERÚ)
SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)
TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)
SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)
ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)
PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)
LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)
ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)
VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)
ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)
GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA /REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ESPAÑA)
GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)
HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)
EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

CONSEJO ASESOR - SERIE PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS (PEI):

TRINIDAD BARRERA (UNIVERSIDAD DE SEVILLA, ESPAÑA)
CARLOS CABANILLAS (UNIVERSITETET I TROMSØ, NORUEGA)
JÉSSICA CASTRO RIVAS (UNIVERSIDAD DE CHILE, CHILE)
JUDITH FARRÉ (ILLA-CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS, ESPAÑA)
PAUL FIRBAS (STATE UNIVERSITY OF NEW YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)
AURELIO GONZÁLEZ (EL COLEGIO DE MÉXICO, MÉXICO)
ARNULFO HERRERA (UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO, MÉXICO)
MARIELA INSÚA (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)
RAÚL MARRERO-FENTE (UNIVERSITY OF MINNESOTA, ESTADOS UNIDOS)
JOSÉ ANTONIO MAZZOTTI (TUFTS UNIVERSITY, ESTADOS UNIDOS)
HUGO HERNÁN RAMÍREZ SIERRA (UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, COLOMBIA)
JOSÉ A. RODRÍGUEZ GARRIDO (PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ, PERÚ)
LEONARDO SANCHO DOBLES (UNIVERSIDAD DE COSTA RICA, COSTA RICA)
JOAQUÍN ZULETA CARRANDI (UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, CHILE)

Impresión: Ulzama Digital

© De los autores

ISBN: 978-1-938795-32-9

Depósito Legal: M-10390-2017

New York, IDEA/IGAS, 2017

SUJETOS COLONIALES: ESCRITURA, IDENTIDAD
Y NEGOCIACIÓN EN HISPANOAMÉRICA
(SIGLOS XVI-XVIII)

CARLOS F. CABANILLAS CÁRDENAS (ED.)

ÍNDICE

PREFACIO	9
ROLENA ADORNO Carlos de Sigüenza y Góngora y las antigüedades mexicanas	11
IGNACIO ARELLANO Subversiones (o no) en la poesía colonial, y la construcción crítica al margen del texto	35
CARLOS F. CABANILLAS CÁRDENAS El sujeto colonial mulato en la poesía de Juan del Valle y Caviedes	59
MARGUERITE CATTAN La retórica clásica en la <i>Instrucción</i> de Titu Cusi Yupanqui	81
BEATRIZ DE ALBA-KOCH Los indígenas en la obra de Fernández de Lizardi: justicia, caridad y devoción	99
MIGUEL DONOSO RODRÍGUEZ Sobre invenciones de guerra dañosas en la <i>Historia</i> <i>de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile</i> (1575), de Alonso de Góngora Marmolejo	119

PAUL FIRBAS	
Reducción y expansión de <i>cimarrón</i> : historia temprana de un término colonial	131
JOSÉ LUIS GASTAÑAGA PONCE DE LEÓN	
«El villano del Danubio» en los Andes: sujetos coloniales en el <i>Libro de la vida y costumbres</i> de Alonso Enríquez de Guzmán	159
PEDRO M. GUIBOVICH	
Indios y libros en el virreinato del Perú	171
ESPERANZA LÓPEZ PARADA	
La genealogía como dispositivo de identidad: un príncipe melancólico en la línea sucesoria	195
JOSÉ A. RODRÍGUEZ GARRIDO	
Espinosa Medrano, dramaturgo y colegial del Seminario de San Antonio Abad del Cuzco	215
GISLE SELNES	
El sujeto del naufragio: hombres, animales y caníbales en los relatos de náufragos coloniales	241
LEONOR M. TAIANO C.	
Castas, etnia y fe en <i>Infortunios de Alonso Ramírez</i>	255
CARMELA ZANELLI VELÁSQUEZ	
Re-escritura y refundación histórica: los casos de Cajamarca y el cerco del Cuzco bajo la mirada de Garcilaso en la segunda parte de los <i>Comentarios reales</i>	267

CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA Y
LAS ANTIGÜEDADES MEXICANAS¹

Rolena Adorno
Universidad de Yale

«El amante más fino de nuestra patria» es el juicio pronunciado por Carlos de Sigüenza y Góngora, el polígrafo novohispano, al referirse no a uno de sus compatriotas sino a un súbdito inglés: el ministro anglicano y compilador de relaciones de viajes de exploración y conquista, Samuel Purchas (1577-1626):

ya fue empeño de Samuel Purchas, de nación inglés[a], en sus *Peregrinaciones del Mundo* [debe decir: *Purchas, sus peregrinos*] (t. 3, lib. 5, cap. 7) donde, con individuales y selectísimas noticias, recopiló cuanto pudiera expresar en esta materia el amante más fino de nuestra patria (Sigüenza y Góngora, *Teatro*, pp. 181-182).

«Esta materia» consistía en exposiciones en prosa e imágenes que narraban la historia de los emperadores aztecas y ofrecía descripciones de las instituciones y costumbres mexicanas (Purchas, *His pilgrimes*, t. 15, p. 412). Sigüenza enfatizó su propia dedicación a esos estudios en su *Noticia cronológica de los reyes, emperadores, gobernadores, presidentes y virreyes de esta nobilísima ciudad de México* (c. 1680):

¹ Una versión previa de este ensayo se publicó en *Hispanófila*, 171, 2014, pp. 11-27.

Nunca desistiré del conato que en esto pongo cuando siempre me ocupo en investigar lo que en algún tiempo puede ser que se repunte útil, supuesto que (ignoro la causa) en investigar con curiosidad nuestras historias domésticas, no sólo no hay aplicación, pero ni aun gana (*Noticia cronológica*, cit. por Bryant, 1984, pp. 236, n. 5)

Al quejarse de la indiferencia de sus compatriotas, reconoce la participación de extranjeros en el proyecto de recuperación y esto, en sí, subraya la prioridad que tales empresas deben tener para él y sus compañeros novohispanos en servicio de su patria. Su propio empeño es evidente desde su poema «sacro-histórico», *Primavera indiana*, de 1668, hasta su *Libra astronómica y filosófica* de 1691, no olvidando otras obras suyas que, por falta de recursos, no llegaron a la imprenta.

En esta oportunidad utilizo el epíteto, «el amante más fino de nuestra patria», para referirme al mismo Sigüenza, y tomo como enfoque *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe*, publicado en México en 1680. Mi tesis es que el estudio de antigüedades mexicanas tomó en su momento una nueva dirección: trascendió el interés en estudiarlas para suplantarlas con las cristianas, que había sido el propósito principal de semejantes investigaciones desde la obra de fray Ramón Pané sobre los taínos de La Española. Con Sigüenza y Góngora comenzó el estudio académico, no exclusivamente pragmático², de las antigüedades americanas en México. Esta es una transformación revolucionaria y subversiva que Sigüenza lleva a cabo honrando a la dinastía azteca y otorgándole gran dignidad histórica en un espectáculo público sin precedente. Con derecho podemos denominarle a Sigüenza uno de los padres de los estudios anticuarios americanos y así, uno de los padres de su patria. «Padre de la patria» es uno de los epítetos con que Sigüenza elogia al nuevo virrey; por la originalidad de su contribución veremos que es pertinente al mismo criollo novohispano. En la historia de la cultura virreinal española su obra fue de una resonancia cuyos ecos se oían todavía dos siglos después de su muerte. En ese sentido sirvió no sólo a la patria sino también, al preservar sus bienes, al patrimonio de la humanidad.

² Escribe en una ocasión, sin embargo, que estaría dispuesto a emprender esa tarea práctica: «De lo mucho que he comunicado a los Indios para saber sus cosas puedo dezir el que me hallo con cierta ciencia de las idolatrías, supersticiones, y vanas observancias en que oy entienden, y de que me alegrara me mandasen escribir para su remedio» (Sigüenza y Góngora, *Paraysos occidental*, [1684], «Prólogo al lector», fol. IXr).

Covarrubias define la patria como: «La tierra donde uno ha nacido. Es nombre latino *patria*. Compatriota, el que es del mismo lugar» (Covarrubias, *Tesoro*, p. 857). De los tres conceptos relacionados, *regnum*, *patria*, *terra*, en la España medieval, *patria* se distinguía del Estado (*regnum*, *reino*), para enfatizar el territorio (*terra*, *patria*) (García de Valdeavellano, 1998, pp. 188, 411). Para la relación entre el escritor y la patria, podemos recordar que el Inca Garcilaso de la Vega inauguró la *Primera parte de los Comentarios reales de los Incas* anunciando su deuda con la suya: «forzado del amor natural de la patria, me ofrecí al trabajo de escribir estos *Comentarios*» (*Comentarios reales*, t. 2, p. 3 [«Proemio al lector»]. Sigüenza enumera sus obras, «a cuya composición me ha estimulado el sumo amor que a mi Patria tengo» (Sigüenza y Góngora, *Parayso occidental*, «Prólogo al lector», fol. IXr), y emplea en el frontispicio de sus libros impresos la viñeta del caballo alado, Pegaso, con el rubro «*Sic itur ad astra*» (de aquí a las estrellas). Al citar este verso de Virgilio Sigüenza anuncia que la figura «representa al hombre, el cual manifiesta tener casi siempre su alma vuelta a lo sublime, en beneficio de la patria»³. En Sigüenza como en el Inca Garcilaso la «identidad» se distingue por trascender lo personal para abarcar la patria, considerando que la relación que uno tiene con la patria constituye una parte íntegra del sujeto. Lo que Sigüenza en última instancia entiende por «patria» es una de las preguntas que anima la presente pesquisa⁴.

Sigüenza escribió *Teatro* como testimonio impreso, y sus significados, del arco triunfal que se había construido para festejar en 1680 la entrada ceremonial del nuevo virrey, don Tomás Manrique de la Cerda, conde de Paredes, marqués de la Laguna. Siguiendo el ejemplo europeo y el

³ Virgilio, *Eneida*, lib. 9, l. 641; Sigüenza y Góngora, *Parayso occidental*, «Prólogo al lector», fol. IX; *Teatro*, «Preludio II», pp. 172, 174; *Noticia cronológica* (cit. en Bryant, 1984, pp. 236, n. 5).

⁴ Es una pregunta que se ha hecho más de un lector atento de *Teatro*, por las referencias continuas de Sigüenza a su patria. Las respuestas varían, y una de las más recientes es la de More (2002, pp. 72-73), para quien la «patria» de Sigüenza «no tiene significado fijo» sino que «resulta del juego dialéctico entre los dos ejes del texto»: «la esperanza de ordenar a la población bajo un signo legado al territorio y al espacio físico de la memoria local» y «la amenaza y el miedo de una población sin cuerpo». En conjunto, estas dos fuerzas «definen el proceso de la manifestación de la patria como un territorio utópico». En contraste con este énfasis puesto en la posible política cívica o ideología política de Sigüenza, mi lectura atiende a su «política cultural», definida en parte por lo que sus lectores posteriores valoraron en su obra, y no limitándose al *Teatro*. Es su reconocido legado cultural, que se evidencia por más de dos siglos, lo que me conduce a sostener que para Sigüenza la patria fue la «respuesta al olvido».

antiguo romano, las autoridades virreinales encomendaban a poetas y artistas reconocidos el tema y la arquitectura de estos monumentos, así como la redacción del texto que obligadamente los acompañaba. Sigüenza y su gran amiga, Sor Juana Inés de la Cruz, recibieron encargos para conmemorar el evento⁵. A Sor Juana le tocó el arco en la plaza de la catedral (la Santa Iglesia Metropolitana), a Sigüenza, el de la plaza de Santo Domingo, donde tradicionalmente se erigía el arco principal para el recibimiento de los virreyes. Reconocida su colaboración desde el estudio de Irving Leonard de 1929, que señalaba su «ayuda mutua» intelectual (Leonard, 1984, p. 65), podemos precisar ahora que la creación de los arcos fue un proyecto estrechamente coordinado entre ellos.

Para hacer un juego de palabras con el honorífico «Laguna» del virrey, Sor Juana confeccionó su arco en honor al antiguo dios de las aguas, Neptuno⁶. Sigüenza, por su parte, construyó el suyo sobre el tema de la sucesión de los antiguos reyes mexicanos. Ella utilizó un temario convencional, la mitología greco-romana clásica; él, la mitología antigua mexicana, lo cual fue un acto insólito: ¿Cómo honrar al nuevo virrey, ofreciéndole como modelos de conducta moral, al modo de un «espejo de príncipes», los soberanos del bárbaro y desaparecido imperio azteca? Fue un proceso en dos estadios, no sucesivos sino simultáneos:

Primero, a pesar de elegir Sor Juana un tema reconocido de la mitología clásica y Sigüenza, lo que se entendía como la mitología mexicana, éste aprovechó la opinión común que consagraba la tradición mitológica greco-romana a la vez que rechazaba el pasado antiguo mexicano como idolátrica y supersticiosa. Segundo, en vez de caracterizar a ambas tradiciones como «mentirosas», como se podía esperar, tratándose la una y la otra de dioses falsos y relatos apócrifos, Sigüenza presenta a las dos como fenómenos históricos. Es decir, convierte a las dos tradiciones de míticas en históricas. Así se ve en su tercer preludio a *Teatro*: «Neptuno no es fingido dios de la gentilidad sino hijo de Misraím, nieto de Cam, bisnieto de Noé y progenitor de los indios occidentales». Lo que él había escrito, afirma Sigüenza, para dar razón al arco ideado por él, no perjudicaba al de Sor Juana porque Neptuno no era «quimérico rey o fabulosa deidad sino *sujeto que con realidad subsistió con circunstancias tan primorosas como son el haber sido el progenitor de los indios americanos*»; insiste, además, que «entre los mentidos dioses sólo Neptuno tiene tan legiti-

⁵ Sigüenza y Góngora, *Teatro*, pp. 169-170, 172; Paz, 1997, pp. 205-206.

⁶ Sor Juana, «Neptuno alegórico», [1680], en *Obras completas*, pp. 777-810.

mada su alcurnia que es su nobiliario el Génesis y su historiador Moisés» (Sigüenza, *Teatro*, «Preludio III», pp. 176-177, subrayado mío) Nepetuno, «progenitor de los indios occidentales», porque en la egiptología de Sigüenza, Sor Juana y de algunos otros, gracias a las proposiciones del jesuita alemán Athanasio Kircher (1602-1680) en su *Oedipus Aegyptiacus* (1652-1654), se postulaba la radical antigüedad de los pueblos americanos. La egiptología fue uno de los elementos fundamentales que le sirvió a Sigüenza para considerar el pasado americano como histórico.

Estoy convencida de que su proyecto más arraigado a lo largo sus investigaciones en muchas disciplinas fue dignificar el pasado mexicano como algo histórico. Desde 1668, al comenzar sus estudios de las tradiciones y lenguas mexicanas a los 17 o 18 años, cuando todavía estudiaba en la casa jesuita de Tepotzotlán y escribió en verso su *Primavera indiana* (Leonard, 1984, p. 35 y Lafaye, 1976, p. 62), Sigüenza había estado atento a la posibilidad de postular la continuidad entre el pasado mexicano antiguo y la Nueva España actual. Octavio Paz lo atribuye a su «universalismo jesuita» (Paz, 1997, pp. 209-210); yo, a lo que se suele pasar por alto: la pertinencia de la labor realizada por Sigüenza en la Real y Pontificia Universidad de México como matemático y profesor de astrología-astronomía⁷. En cuanto al papel de las matemáticas en su obra historiográfica, él mismo ofrece un testimonio sobre

las singularísimas noticias, no siendo la menos estimable deducir la serie, y cosas de los *Chichimecas*, que hoy llamamos *Mexicanos*, desde poco después del diluvio hasta los tiempos presentes, y esto no con menos pruebas que con demostraciones innegables por matemáticas (*Parayso occidental*, «Prólogo al lector», fol. IX, subrayado mío).

Así propongo que los logros de Sigüenza en cuanto al estudio del pasado mexicano antiguo resultaban de dos instrumentos imprescindibles: sus conocimientos matemáticos y estudios astronómicos, por un lado, y su estudio detenido de la historia mexicana, por otro. Sus labores

⁷ Recordemos que estas disciplinas no se separaron hasta el siglo XVIII. Sigüenza describe su iniciación hacia ellas: «Desde el año de 1667 comencé casi muchacho (sólo siéndolo pude interrumpir más útiles estudios y aplicarme a éste), comencé, digo, a estudiar sin maestro las matemáticas todas y con más cuidado la Astrología y en toda esta demora de tiempo, y teniendo la mayor y mejor librería de aquellas ciencias y esta facultad que jamás ha habido en la Nueva España» («Almanaque de D. C. de S. y. G., para el año de 1692», en Corona, 1991, p. 107).

profesionales matemáticas y astronómicas y su afición por indagar en la historia antigua mexicana iban de la mano; y en conjunto le dieron las herramientas para entender y explicar el pasado mexicano como histórico, no «mitológico». Las claves fueron sus estudios del calendario mexicano ya que postuló las semejanzas de «la forma del año y disposición del calendario entre los egipcios y los mexicanos» y entendió que el calendario mexicano consistía en 365 días con un ajuste cada cuatro años, igual que el cristiano gregoriano⁸. Por eso pudo concebir, en una primera instancia, la descendencia de los antiguos mexicanos de los egipcios y, en la segunda, la continuidad entre la historia antigua mexicana y la moderna cristiana.

Esta convergencia de pasiones intelectuales se registra incluso en el inventario de sus bienes que preparó en 1699, un año antes de su muerte. Describe allí con orgullo su biblioteca, «que en su línea es la mejor del reino, con instrumentos matemáticos en abundancia, telescopios excelentes y pinturas [mexicanas] muy consideradas cuyo valor excede los tres mil pesos»⁹. Uno de los pocos productos que quedan de los esfuerzos de Sigüenza en estas líneas de investigación, que le ocuparon durante tantos años, se contiene en el relato que acompañaba al arco triunfal que se levantó para la mencionada entrada del virrey de la Laguna a la capital novohispana, el 30 de noviembre de 1680.

Teatro de virtudes políticas es una obra paradójica en por lo menos tres sentidos: primero, fue una obra circunstancial, creada para acompañar un arco de triunfo en una ocasión específica, pero ha resultado ser una de sus obras más duraderas. Segundo, *Teatro* corresponde a una tradición occidental antiquísima (la celebración de triunfos militares e inauguraciones cívicas) para conmemorar antigüedades mexicanas que eran, en comparación con las griegas y romanas, muy recientes. Tercero, *Teatro* es tradicional y convencional en sus formas pero novedosa e insólita en sus contenidos. El texto en prosa y en verso se basa en autoridades bíblicas, clásicas, patrísticas, medievales y renacentistas a la vez que describe y

⁸ *Teatro*, p. 181; *Noticia cronológica*, cit. por Bryant, 1984, p. 236, n. 5: «En lo que toca al ajuste de los días de nuestro calendario, que coinciden con los del mexicano, es necesario más noticia, que no se puede dar si no es en mi tratado de la *Ciclografía Mexicana*, si alguna vez viere la luz».

⁹ Carta conservada en el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Pública de Nueva York, en un tomo de documentos descrito como: «Sigüenza y Góngora (Carlos), Descripción de la Bahía de Santa María de Galve [...] 1693», cit. por Leonard, 1984, pp. 187, 195.

comenta jeroglíficos e ideogramas mexicanos, mirados por los peninsulares con sospecha y muy lejos de ser canonizados¹⁰.

El «texto» visual del arco es un espectáculo; la voz «teatro», señala Covarrubias, proviene del «Latine *theatrum*, es nombre griego, *video*, por ser lugar a donde concurrían para ver los juegos y los espectáculos» (*Tesoro*, p. 956). Corominas nos recuerda que es «derivado del griego, ‘mirar, contemplar [...] De la misma raíz que [...] es el verbo [...] contemplar, examinar, estudiar’» (2002: t. 5, p. 445). Al juntar la tradición renacentista de las empresas con el lenguaje pictórico y jeroglífico mexicano, el arco de Sigüenza habría ofrecido al público novohispano muchísimas ideas novedosas. El arco habría sido, literal y metafóricamente, un juego asombroso de miradas y de imágenes visuales. En cuanto a la estética barroca, podríamos decir que el resultado de estas disparidades corresponde a lo que Roberto González Echevarría ha definido como la clave del Barroco, es decir, la monstruosidad, pero no en un sentido grotesco sino en el de ser «por un lado una imposibilidad lógica o discursiva, ya que se trata de predicados contradictorios simultáneos, mientras que por otro una visión imposible, ambigua, de difícil interpretación, hecha de apariencias en pugnas» (González Echevarría, 1999, p. 121). Algunos de los espectadores que contemplaron el arco ese día festivo de noviembre de 1680 se habrán dado cuenta de estas convergencias rarísimas, pero Sigüenza le asegura al lector de *Teatro* que su realización, «a juicio de los entendidos en el arte, fue una de las cosas más primorosas y singulares que en estos tiempos se han visto» (*Teatro*, p. 185). No cabe ninguna duda.

Al iniciar en *Teatro* su exposición sobre los reinados sucesivos de los reyes aztecas, Sigüenza reproduce el soneto del poeta español-novohispano Arias de Villalobos (n. 1568) que proclama que la ciudad de México es «Roma del Nuevo Mundo, en siglo de oro» (*Teatro*, p. 203). Sigüenza toma Roma como el punto de referencia acostumbrado, pero no como modelo para imitar ciegamente. Aunque «no había nada tan grande entre los romanos como el triunfo», no imita el triunfo militar de los emperadores romanos sino, al contrario, expone «lo moral de las

¹⁰ Buxó, 2002, pp. 86-87, considera el género discursivo del «subgénero» de relaciones de fiestas y sus «paradigmas estético-ideológicos» que consisten en la relación de los festejos, por un lado, y sus «fundamentos teológicos, alegóricos y literarios» por otro, todo producido por «aquél espíritu barroco amante de armonizar a fuerza de ingenio las luces con las sombras, lo sagrado con lo profano, lo eminente con lo ínfimo. Gusto barroco por establecer una intelectual armonía lo mismo entre lo que tiene semejanza y conformidad que entre lo improporcionado y disonante».

obras» (pp. 170-171). Así, en una exposición de tonos brillantes representa en su arco las virtudes personales de los soberanos mexicanos y su conducta moral como gobernantes. Celebra la moral que trasciende la zona personal y doméstica de acción del príncipe para pintar la conducta patriótica y pacífica de la gobernación del imperio mexicano. Así caracteriza las puertas de la ciudad, que fue el lugar de la entrada del nuevo virrey homenajeado, no como escenario para celebrar triunfos militares sino como el foro donde se llevaban a cabo transacciones cívicas: allí los antiguos erigían y reunían los tribunales y el consejo, para que «terminándose allí las controversias los litigantes, entrasen en la ciudad con tranquilidad y quietud» (p. 171).

Por otro lado, Sigüenza rechaza el «estilo común» de los «americanos ingenios» de «hermosear con mitológicas ideas de mentirosos fábulas las más de las portadas triunfales que se han erigido para recibir a los príncipes» (p. 172). Para ello cita la advertencia de San Agustín: «No trates de buscar dioses falsos y mentirosos a éstos, más bien recházalos y desprécialos» (p. 173) y agrega la del matemático e inventor francés Denis Papin (1647-c. 1712): «El amor hermoso de la virtud no debe ser buscado en modelos extraños; la alabanza doméstica mueva los ánimos, y es mucho mejor conocer los triunfos en casa» (p. 174). Así, los ejemplos de buen gobierno y virtudes políticas que Sigüenza ofrece al nuevo virrey son «los mexicanos emperadores que en la realidad subsistieron en este emporio celeberrimo de América» (p. 175).

Su descripción del diseño del arco es en sí alucinante. En *Teatro omite* describir «la especificación prolija de las simetrías y partes», contentándose «con decir que se dispuso como para quien era [es decir, el nuevo virrey] y con la circunstancia de que siempre se adelanta México con gigantes progresos en tales casos» (p. 185). Describe el decorado como llamativo pero a la vez insiste en cierta sobriedad al no emplear «exteriores aliños que la virtud no apetece» (p. 187). Indica que las cuatro entrecalles de las dos fachadas contenían doce tableros, sin contar otros dos «que ocuparon el lugar de la de en medio» en donde se «sostenía las armas reales entre las de sus excelencias». (pp. 185-186).

Explica que «animose esta hermosísima máquina de colores» para celebrar los logros domésticos, no buscando modelos extranjeros y, en cuanto al decorado, ajustar las pinturas del arco al carácter del sujeto (pp. 174-175). Fue inspirado por

el ardiente espíritu de los mexicanos emperadores desde Acamapich hasta Cuauhtémoc, a quien no tanto para llenar el número de tableros cuanto por dignamente merecedor del elogio acompañó Huitzilopóchtli, que fue el que los condujo de su patria, hasta ahora incógnita, a estas provincias que llamó la antigüedad Anáhuac (p. 187).

Se excusa de «combinar estos doce emperadores con los doce patriarcas o con los signos celestes [...] cuando en la aritmética de Pitágoras, filosofía de Platón, [y] teología de Orfeo [...] sobran no vulgares primores para hermohear este número»; insiste: «más que curiosidades inútiles para la vista, fue mi intento representar virtudes heroicas para el ejemplo» (p. 187).

Los emperadores fueron representados, señala Sigüenza, «adornados de matizadas plumas, como del traje más individuo de su aprecio. Ya lo advirtió», dice, «el hijo primogénito de Apolo y pariente mío¹¹, don Luis de Góngora, *Soledad segunda*, cuando dijo: “Al de plumas vestido mexicano”» (p. 192). El «Píndaro andaluz», como lo llama Sigüenza, evoca a los pájaros de caza de distintas naciones e incluye el aleteo americano, conocido, según el poeta, por el «preciosamente Inca desnudo» y el «de plumas vestido Mejicano» (p. 187)¹². Sobre el tema de la vestimenta, Sigüenza aprovecha para señalar el parecido de la indumentaria real

¹¹ Esta es la única referencia, en sus obras, que Sigüenza hace a su parentesco con el poeta andaluz. El padre jesuita, Francisco de Florencia, rector del Colegio de San Pedro y San Pablo novohispano, «gloria de nuestra criolla nación y singularísimo amigo mío», como declara Sigüenza (*Libra astronómica*, p. 250), afirma en *La estrella del Norte*: «Del Don Carlos de Sigüenza y Góngora anda impreso este milagro en octavos heroicos animados de aquel espíritu Poético, que con el sobrenombre heredó de el Mayor Poeta de España, don Luis de Góngora, su tío» (cit. por Leonard, 1984, p. 18).

Sigüenza (1645-1700) era «hijo de Don Carlos de Sigüenza maestro que fue del Serenísimo príncipe don Baltazar Carlos y de Doña Dionisia Suárez de Figueroa y Góngora», según «el lib. 15 de bautismos en el Sagrario Metropolitano de México, f128v», cit. por Leonard (1984, p. 17). Los padres del poeta andaluz Luis de Góngora (1561-1627) eran don Francisco de Argote, un juez de bienes confiscados del Santo Oficio, y doña Leonora de Góngora. El parentesco entre el poeta andaluz y el matemático criollo es por parte de madre. Por la diferencia temporal, la madre de Luis, Leonora, y la abuela de Carlos serían hermanas; los hijos de estas dos señoras serían primos hermanos, o sea, Luis de Góngora sería el primo hermano de la madre de Carlos, Dionisia Suárez de Figueroa y Góngora. Si contamos con el testimonio del padre Florencia, nuestro intelectual criollo sería, si no un sobrino, un sobrino segundo del poeta andaluz.

¹² Góngora, *Soledades*, p. 157, vv. 772-782.

mexicana con la oriental: «propiedad en que estos indios convinieron con los orientales» (p. 187).

Sigüenza describe las escenas pintadas en el arco para representar las figuras de los reyes, pero lo que llama la atención es su empleo de los glifos personales al confeccionar los emblemas con que representa a cada uno. Estos glifos pictóricos, que representan el significado del nombre de cada soberano, coinciden exactamente con los que encontramos en los códices mexicanos. Sus modelos habrían sido los manuscritos mexicanos que poseía (menciona uno en particular, «sin nombre del autor», cuatro o cinco veces), e incluso los grabados del libro de Purchas, que reproduce del Códice Mendoza las figuras de los soberanos con sus glifos¹³.

Otra probable fuente habría sido la *Historia de la venida de los indios a poblar a México de las partes remotas de Occidente*, del padre jesuita Juan de Tovar, colaborador con el padre José de Acosta, al pasar éste los años 1585-1587 en México. El *Códice Tovar*, cuya historia y calendario se fechan entre los años 1583-1587, fue la fuente principal mexicana de Acosta en *Historia natural y moral de las Indias* (1590); éste emplea los topónimos y los onomásticos en la forma en que se encuentran en el manuscrito, y su uso del calendario de dicho códice ha sido documentado con precisión¹⁴. A su vez, Sigüenza cita la *Historia* de Acosta como una de sus fuentes más fidedignas a lo largo de su exposición de los reyes mexicanos. Critica sin embargo a Antonio de Herrera, Henrico Martínez, fray Juan de Torquemada y otros que, en cuanto a la cronología y la

¹³ Sigüenza y Góngora, *Teatro*, pp. 215, 218, 222, 223, 224. El *Códice Mendoza*, el *Telleriano-Remensis*, y el *Códice Tovar* son algunos de los manuscritos que le pueden haber servido de modelo. En Purchas aparecen las imágenes mendocinas de Acamapich, Huitzihuitl, Chimalpopoca, Iztoatl, Axacayatzin, Tizoczin, Ahuitzotl, y Moctezuma (*Purchas, His Pilgrimes*, pp. 420, 422, 423, 424, 430, 431, 433, y 436, respectivamente). Las imágenes del *Códice Ixtlilxochitl*, que Sigüenza poseía, no le habrían ofrecido los modelos iconográficos porque representa la ascendencia acolhua del cronista don Fernando de Alva Ixtlilxochitl. Aunque More (2002, p. 66, n. 59) escribe que Escalante Gonzalbo ha sugerido que los retratos de los reyes texcocanos del *Códice Ixtlilxochitl* sirvieron de modelo para los reyes del arco de Sigüenza; no puede ser así: las pinturas del *Códice Ixtlilxochitl* representan a dos señores principales y dos reyes (el cuarto y el quinto, Nezahualcoyotl y Nezahualpilli) de Texcoco. Por consiguiente, estas cuatro pinturas no llevan los símbolos ni los glifos personales de los reyes aztecas que en su *Teatro* Sigüenza minuciosamente describe.

¹⁴ Ver Kubler y Gibson, 1951, pp. 17-18, 21; según Coe, 1991, pp. 570-571: la historia azteca del *Tovar* fue copiada entera por el padre Acosta en el libro 7 de la *Historia natural y moral de las Indias*.

duración del mando de los reyes aztecas, «solo ponen su orden y quizás con algunas imperfecciones»¹⁵. Acosta, sin embargo, queda exento de esa crítica, probablemente por comprender Sigüenza el cuidado con que Acosta manejó el calendario del *Códice Tovar*.

Sigüenza define con precisión y esmero sus términos en náhuatl e ilustra sus conceptos mexicanos a la vez que los dota con conceptos consagrados por la civilización occidental¹⁶. Su serie de reyes supera el número típicamente calculado de nueve monarcas, de Acamapich a Moctezuma II, para incluir novedosamente, después de la muerte de Moctezuma, a Cuitlahuatzin y a Cuauhtémoc. Igualmente novedosa es su caracterización de Huitzilopóchtli como el fundador histórico de la dinastía azteca¹⁷.

Como figura fundacional, Huitzilopóchtli inaugura la serie representada en el arco. En el *Códice Tovar*, y en la mayoría de los escritos misioneros de la época, es el «Ídolo principal de los mexicanos». En *Teatro* Sigüenza neutraliza esta tradición negándola, pues para él, Huitzilopóchtli es el «caudillo y conductor de los mexicanos en el viaje que por su disposición emprendieron en demanda de las provincias de Anáhuac que habitaron los toltecas» y que sólo después de su muerte lo veneraron por dios porque «no supieron pagarlo sino con la apoteosis» (*Teatro*, p. 196). Lo encontramos excepcionalmente representado como

¹⁵ Sigüenza y Góngora, *Noticia cronológica*, cit. por Bryant, 1984, p. 236, n. 5.

¹⁶ Acamapich: la virtud de la esperanza, su empresa: las cañas en la mano (*Teatro*, p. 201); Huitziluhuitl: la virtud de la clemencia y la mansedumbre en la formación de las leyes, su empresa: un pájaro de estimable y riquísima plumería (p. 205); Chimalpopocatzin: la virtud de sacrificarse por el pueblo, su empresa: «la rodela que humea» (p. 209); Itzcohuatl: la virtud de la prudencia, su empresa: «la culebra de navajas» (p. 212); Motecohzuma Ilhuicaminan: la virtud de la piedad religiosa, su nombre y empresa: «el que arroja flechas al cielo» (p. 214); Axayacatzin: la virtud de la fortaleza, su nombre y empresa: «el rostro cercado de aguas» (p. 218); Tizoctzin: la virtud de la paz, su símbolo: «la pierna traspasada de una saeta» (p. 221); Ahuitzotl: la virtud del consejo, su empresa: cierto animal palustre, que corresponde a la nutria (p. 222); Motecohzuma Xocoyotzin: la virtud de la magnanimidad, la liberalidad y la beneficencia; su glifo personal es la diadema del señor soberano (p. 225); Kubler y Gibson, 1951, 270.

¹⁷ Al estudiar las representaciones de Huitzilopóchtli en monumentos precolombinos, códices mexicanos coloniales y crónicas europeas, Boone, 1989, pp. 88-89, concluye que Sigüenza es virtualmente el único escritor que le atribuye una identidad humana y un rol de fundador de pueblos; desde la antigüedad hasta la época hispánica se le ve como una deidad pagana asociada con el sacrificio humano y, a los ojos cristianos, con lo satánico.

hombre viajero en el *Códice Telleriano-Remensis*¹⁸. Al finalizar su relato sobre Huitzilopóchtli-fundador, Sigüenza concluye: «De esta imaginada sombra de buen principio se originó la grandeza y soberanía a que se encumbraron los mexicanos» (*Teatro*, p. 98). Casual o intencionadamente, Sigüenza se hace eco de una de las frases más famosas del Inca Garcilaso al inicio de la *Primera parte de los Comentarios reales*: «Porque en fin de estos principios fabulosos procedieron las grandezas que en realidad de verdad posee hoy España» (*Comentarios reales*, t.2, lib.1, pp. 31-32). Tanto Sigüenza como Garcilaso cuestionan la tendencia europea de negar la historicidad de fenómenos americanos por no entenderlos, ni mucho menos saberlos interpretar.

La secuencia histórica de los reyes que Sigüenza presenta en *Teatro* se puede ver como el logro que complementa y completa sus estudios del calendario y la cronología mexicanos. Así, de la misma manera que yuxtapone y armoniza la tradición mexicana y la cristiana de marcar el paso del tiempo, insiste en la pertinencia de otros tipos de saberes occidentales de la antigua civilización azteca. Pero esto no dependería de complejísimo cálculos matemáticos ni astronómicos sino de exponer a la vista ideas éticas e imágenes emblemáticas que postulan la conducta histórica moral de la realeza mexicana. El reto para Sigüenza en este dominio es explicar la 'heráldica' e iconografía mexicanas, representando los glifos personales (incomprensibles al espectador occidental) de los reyes, convirtiéndolos en ejemplos de virtudes cristianas. Sin embargo, lo más audaz de Sigüenza fue pintar a los dos reyes posteriores a Moctezuma.

Octavio Paz, al comentar el arco, cree que «Sigüenza cerraba los ojos ante la conquista, es decir, ignoraba que entre el Imperio azteca y el reino de la Nueva España se interponía un hecho sangriento» y que «ese olvido deliberado cumplía una función ideológica: asegurar la continuidad entre México-Tenochtitlan y la imperial ciudad de México» (Paz, 1997, pp. 209-210). Al contrario, Sigüenza nunca olvida ni ignora nada. De hecho, le «arrebata la pluma», dice, al leer en Bernal Díaz del Castillo de la crueldad de los españoles contra Moctezuma, y celebra el hecho de que Cuitlahuatzin echó a los españoles de la ciudad imperial en la Noche Triste. E incluso termina su relato preguntando (retóricamente) por qué no merecerá Cuauhtémoc elogios, «cuando con invictísima paciencia sufrió el tormento que, para que por él les retornase sus tesoros,

¹⁸ En su edición, Quiñones Keber, 1995, p. 53, reproduce facsimilarmente la imagen de Huitzilopochtli; aparece en el folio 25r.

le dieron los españoles quemándole los pies» (*Teatro*, p. 229). Sigüenza establece la continuidad histórica, no ignorando sino reconociendo como cierta la violencia de la conquista española.

Sigüenza concluye la serie dinástica del arco con Cuauhtémoc, advirtiéndole que:

no tienen ya los mexicanos por qué envidiar a Catón, pues tienen en su último emperador quien hiciese lo que de él dice Séneca, *Epístola* 104: “A pesar de que tantas veces cambió la república; sin embargo, nadie vio cambiado a Catón: siempre se mantuvo él mismo en cualquier estado: en la pretura, en la repulsa, en la acusación, en la provincia, en el discurso, en el ejército, y finalmente en la muerte” (*Teatro*, p. 229).

Y añade una advertencia para el nuevo virrey: «Y aunque no sea para lo mismo que Cuauhtémoc, es muy necesario el que tengan los príncipes esta virtud», esto es, la virtud de la constancia (*Teatro*, p. 229). En esta convergencia de materiales dispares mexicanos y occidentales Sigüenza postula la continuidad de los principios del mando —la conducta patriótica y personal de los soberanos— entre la España antigua y en la Nueva, entre el Viejo Mundo y el Nuevo.

Para apreciar el papel central del espectáculo público referido en *Teatro* y el peso de su relación en el corpus de sus obras, es revelador yuxtaponerla con otras tres obras suyas: el poema *Primavera indiana*, publicado en 1668, *Fénix de occidente* anterior a 1684, y *Ciclografía indiana* de antes de 1690. Paradójicamente, las dos últimas nunca fueron impresas y están hasta el día de hoy perdidas. En relación con el pasado mexicano, Sigüenza se dedicó al tema de la evangelización de las Indias, en dos dimensiones, la pre- y la pos-colombina. Con respecto a la evangelización después de la conquista española, Sigüenza desde joven abogaba por la validez del milagro de la aparición de la Virgen de Tepeyac, es decir, la Virgen de Guadalupe. En cuanto a la evangelización precolombina, en su madurez Sigüenza estudió los relatos sobre el dios/líder legendario Quetzalcoatl y los identificó como indicios de la presencia de Santo Tomás en las Indias.

Considero que ambas obras de tema religioso son pertinentes a sus indagaciones sobre la antigua historia cívica mexicana, y que son complementarias si bien secundarias a ellas. Complementarias porque insertan fenómenos de significado espiritual dentro del marco del pasar del tiempo, tal como lo hace para el pasado de los gobernantes mexicanos en *Teatro*; son secundarias por la falta de influencia en escritores pos-

teriores; una de las obras que resultó de estas investigaciones, el poema «sacro-histórico» *Primavera indiana*, aunque publicado durante la vida del autor, tuvo poca resonancia posterior; la otra, *Fénix del occidente*, no se publicó en su época y está perdida. De acuerdo con Jacques Lafaye, opino que Sigüenza, consciente de los problemas espirituales que subyacían a las controversias sobre la historia antigua mexicana, tomó en cuenta las creencias populares sobre estas figuras, Quetzalcoatl y Guadalupe —o sea, Santo Tomás y la Virgen de Tepeyac— porque «éste prometió un futuro de redención; aquél quitó del pasado el pecado de la idolatría» (Lafaye, 1976, pp. 62-64).

Primavera indiana, «poema sacro-histórico», como Sigüenza lo llamó, fue una primera instancia de su esfuerzo para entender la experiencia espiritual mexicana como un asunto histórico, con su propia historia. El mismo título, «primavera», evoca la temporalidad, un estadio dentro del tiempo. El problema con el que el poema lidia es, en efecto, cómo insertar la historia del pueblo mexicano en la historia de la salvación espiritual de la humanidad. En este contexto, la visión de la Virgen en Tepeyac es una señal de importancia primordial (Lafaye, 1976, p. 64). En la octava núm. 49 de *Primavera*, (p. 367) anuncia el milagro en la voz de la Virgen:

María soy, de Dios omnipotente
humilde Madre, Virgen soberana,
antorcha, cuya luz indeficiente
norte es lucido a la esperanza humana.
Ara fragante en templo reverente
México erija donde fue profana
morada de Plutón, cuyos horrores
tala mi planta en tempestad de flores.

Y canta sus efectos en la núm. 69 (*Primavera*, p. 374):

Cese pues, la atención que pensativa
examina el efecto prodigioso,
o el sagrado dictamen, que motiva
a tanto extremo el brazo poderoso.
Toda una primavera fue expresiva
en tosca tilma del trasunto hermoso,
que a despecho del rígido diciembre
influye mayos a la inculta urdiembre.

Celebrar el fenómeno milagroso utilizando como metáforas meses del año (mayo, diciembre) y cantar lo paradójico de encontrar mayos metafóricos en ese diciembre literal no nos sorprende: Sigüenza siempre tiene presente la dimensión temporal. En esta obra y en todas las demás suyas el concepto de atemporalidad, lo que está fuera del tiempo o no está afectado por éste, no le interesa. La espiritualidad humana no está fuera del tiempo, sino arraigada en él.

El propósito de *Fénix de occidente* fue presentar argumentos para probar que en la lejana época apostólica Santo Tomás había evangelizado a las Indias (y a México) y que la figura que los mexicanos llamaron Quetzalcoatl era, en realidad, el apóstol. Esta línea de pensamiento erudito (no me refiero a la creencia popular, arraigada en Nueva España desde el segundo cuarto del siglo XVI) no comenzó con Sigüenza, sino con las obras de Miguel Sánchez y Luis Lazo de la Vega, de 1648 y 1649, respectivamente (Lafaye, 1976, p. 248), seguidas en 1675 por Luis Becerra Tanco, catedrático de lengua mexicana, quien escribió *Felicidad de México en la admirable aparición de Nuestra Señora de Guadalupe* (Fernández Ariza, 1998, p. 63, n. 28). Hacia 1675 a Sigüenza le interesaba preparar un recuento y síntesis de las investigaciones desarrolladas hasta el momento, y aprovechó los escritos sobre el tema del jesuita portugués Manuel de Duarte, que dejó sus papeles con nuestro pensador novohispano al partir para las Islas Filipinas (Lafaye, 1976, p. 187).

El resultado de las labores de Sigüenza, que fechamos a mediados de la década de 1670, se tituló *Fénix del occidente, Santo Tomás Apóstol, hallado con el nombre de Quetzalcóatl entre las cenizas de antiguas tradiciones conservadas en piedras, en teomoxtles tultecos y en cantares teochichimecos y mexicanos*. Como revela el título, sus investigaciones tomaron en cuenta todo tipo de datos, desde jeroglíficos esculpidos en piedra hasta cantares histórico-rituales transcritos. Más tarde, en 1684, Sigüenza lamenta la falta de apoyo para la publicación de sus obras; sobre su *Fénix* escribe: «Quiera Dios Nuestro Señor no sea así lo que tengo averiguado de la predicación de Santo Tomás Apóstol en esta tierra, y de su Cristiandad primitiva» (*Parayso occidental*, fol. IX). En 1690, en el «Prólogo a quien leyere» de *Libra astronómica*, el factor real don Sebastián de Guzmán y Córdoba menciona las obras de su amigo que todavía quedan sin publicar; la primera de éstas es *Fénix del Occidente*. Obra que demuestra, escribe Guzmán,

haber sido Quetzalcóatl el glorioso apóstol Santo Tomé, probándolo con la significación de uno y otro nombre, con su vestidura, con su doctrina, con sus profecías que expresa; dice los milagros que hizo, describe los lugares y da las señas donde dejó el santo apóstol vestigios suyos, cuando ilustró estas partes donde tuvo por lo menos cuatro discípulos («Prólogo» a *Libra astronómica*, p. 245).

La tercera obra, *Ciclografía indiana*, es el «Santo Grial» de Sigüenza. Leonard identificó la *Ciclografía indiana* bajo el título que Guzmán le da en el mencionado prólogo a la *Libra astronómica*, es decir: *el Año mexicano, esto es, la forma que tenía el que usaban los de esta nación y generalmente los más políticos que habitaron la Septentrional América, desde que a ella los condujo Teochichimécatl poco después de la confusión de las lenguas en Babilonia*¹⁹. Guzmán advierte que «este libro en no grande cuerpo tiene gigante alma y sólo don Carlos pudo darle el ser, porque juntándose la nimia aplicación que desde el año de 1668 (según me ha dicho) ha puesto en saber las cosas de los antiguos indios»; esto incluye «la constitución de todos los años de las naciones orientales», los sucesos comunes anotados por los españoles en sus calendarios y «los indios en el suyo propio», y finalmente «mapas viejísimos de los indios de que tiene gran copia» («Prólogo» a *Libra astronómica*, p. 245).

Así Sigüenza habría coordinado los saberes astronómicos y calendarios de todas las tradiciones a su alcance. Es por eso que advierte, en su *Noticia cronológica*: «En lo que toca al ajuste de los días de nuestro calendario, que coinciden con los del mexicano, es necesario más noticia, que no se puede dar si no es en mi tratado de la *Ciclografía Mexicana*, si alguna vez viere la luz» (citado por Bryant, 1984, p. 236, n. 5).

Pero *Ciclografía* no vio la luz. Según su propio testimonio en *Noticia cronológica* fue escrita en los años de composición de *Teatro de virtudes políticas*. Esto puede ser significativo para entender mejor su audacia —y su urgencia— al proponer a los reyes mexicanos como modelos de moral personal y conducta pública para el nuevo virrey en la fiesta a la que asistirían todas las castas y clases élites y populares de la capital novohispana. Si había integrado o por lo menos armonizado las distintas maneras de los pueblos del mundo de contar el tiempo en *Ciclografía*, le serviría de prueba de la universalidad del ser humano («toda la humanidad es una», en la frase de Las Casas) y, por consiguiente, de la dignidad

¹⁹ Leonard, 1984, p. 219; Guzmán, «Prólogo» a *Libra astronómica*, p. 245.

de los pueblos antiguos. Si fuera así, el rey pagano azteca respondería a los mismos ritmos vitales y ciclos de la naturaleza que el príncipe europeo. El soberano mexicano sería tan pertinente a un «espejo de príncipes» cristiano como lo sería un rey persa o un emperador chino.

Y no sería una prueba fríamente matemática sino integrada con saberes culturales de todo; por eso los «pasajes de las sagradas escrituras, de tradiciones de los indios, de pinturas y de jeroglíficos muy singulares», referidos por otro lector de Sigüenza que lo conoció en persona, el viajero napolitano Giovanni Francesco Gemelli Carreri (1651-1725), serían tan pertinentes como los cálculos astronómicos orientales y occidentales citados por Guzmán (Gemelli Carreri, *Viaje a la Nueva España*, pp. 52, 55).

¿Sería *Teatro de virtudes políticas* el resultado esperado, o el paso más allá, de *Ciclografía indiana*? ¿Sería *Teatro* la última consecuencia a la que lo llevaban sus investigaciones astronómicas y de calendarios? Sí y no. No, porque no fue un tratado erudito del tipo que acostumbradamente escribía para el mundo letrado novohispano e internacional. Sí, porque alcanzó un gran público. Si en sus obras eruditas intentaba convencer a sus lectores con argumentos y pruebas matemáticas, en el teatro del arco intentó persuadir a los espectadores —a los analfabetos tanto como a los letrados— por la imposición de la imagen visual. (Recordamos aquí las teorías del arte de la Contrarreforma y el Barroco.) Así propongo que *Teatro* fue, desde la perspectiva de su autor, la máxima obra que pudiera ofrecer al público sobre la temática compleja y poco entendida de la antigua historia mexicana.

La visión de Sigüenza de la historia mexicana resulta ser redonda —mejor dicho, lineal y completa, desarrollada en orden cronológico: Quetzalcoatl como el apóstol Santo Tomás, los reyes y emperadores aztecas no como gobernantes bárbaros, sustituidos y olvidados, sino como modelos dinámicos de conducta moral para los presentes y futuros príncipes cristianos, y la Virgen de Guadalupe como la promesa de la redención de los mexicanos presentes y futuros. No se puede dudar de su palabra cuando dice que sus obras fueron estimuladas por «el sumo amor» que a su patria tenía. Su logro fue convertir «de mito en archivo» el pasado antiguo mexicano.

Una pregunta inquietante queda en pie: ¿Qué fue, para Carlos de Sigüenza y Góngora, la patria? En los diccionarios citados el espacio originario del sujeto es el criterio esencial. Se enfatiza el territorio pero conlleva en sí una dimensión temporal por ser en ese espacio origina-

rio, «donde uno ha nacido». Diría yo que la patria para Sigüenza no era únicamente un ente geográfico espacial sino también un fenómeno profundamente temporal: la patria vive en el tiempo. Esta idea queda explícita en todas las obras de Sigüenza y constituye una crítica a la indiferencia de sus compatriotas acerca del conocimiento de las antigüedades mexicanas. Propongo para explicarlo una fórmula bastante sencilla: la patria es lo que se opone al vacío, un vacío creado muchas veces con intención, en muchas otras por indiferencia. La patria, para Sigüenza es, en una palabra, la respuesta al olvido.

Posteriormente esa «respuesta al olvido» de Sigüenza recibiría los elogios tanto de aficionados como de grandes estudiosos de la antigüedad mexicana, desde Gemelli Carreri, que lo visitó en México y reprodujo imágenes de los manuscritos poseídos por Sigüenza en el sexto y último tomo, dedicado a la Nueva España, de su *Giro del Mondo*, publicado en Nápoles en 1699 y 1700. Incluye al gran americanista milanés Lorenzo Boturini Benaducci (1702-1753), autor de *Idea de una nueva historia general de la América septentrional* (1746), tanto como a investigadores de ascendencia indígena. Entre éstos, podemos mencionar a don Manuel de los Santos y Salazar y don Miguel Aparicio Sánchez de Salazar, descendientes de la realeza de Tlaxcala²⁰. El criollo novohispano, el padre jesuita Francisco Xavier Clavijero (1731-1787), aprovechó los conocimientos y algunas de las pinturas de Sigüenza y Góngora para su *Historia antigua de México*, publicada en 1780-1781 en italiano en Cesena, Italia, traducida de su original en español. El legado de Sigüenza en Clavijero es, sin embargo, mucho más profundo que la reproducción de imágenes, por auténticas o modificadas que resulten con el pasar del tiempo. Clavijero lo cita más de treinta veces a lo largo de la *Historia* sobre temas de sustancia, y aun cuando lo corrige o contradice (en cuanto al origen egipcio de los antiguos mexicanos) o lo defiende (de ciertos malentendidos de Gemelli Carreri), lo hace siempre con la alta estimación que tiene por el «Doctor Sigüenza», tildándole de «célebre», «doctísimo» y «sabio». Sobre el calendario mexicano, por ejemplo, Clavijero afirma:

No me atrevería a publicar esto si no estuviera asegurado con el gravísimo testimonio del sabio Sigüenza y Góngora que vale por ciento, porque, además de su grande erudición, sinceridad y crítica, fue el hombre que con

²⁰ Boturini a su vez incorporó lo de los Salazar en su propia obra; ver Vilella, 2012, pp. 25-27, 34.

mayor diligencia trabajó en esta materia, consultando a los mexicanos y texcocanos más instruidos y estudiando sus historias y pinturas (Clavijero, *Historia antigua de México*, p. 180).

En la víspera de la Independencia mexicana, el dominico novohispano fray Servando Teresa de Mier al predicar el sermón en el Santuario de Tepeyac el 12 de diciembre de 1794, el día de la fiesta guadalupana, hizo suyo el argumento (que tantas dificultades le causó) de que la evangelización de América había ocurrido antes de la llegada de los españoles, con Santo Tomás en la época apostólica, y cita a Sigüenza como su fuente autorizada²¹.

Más tarde, uno de los últimos y más distinguidos «discípulos» de Sigüenza fue el «padre de la disciplina de la geografía», el prusiano Alejandro de Humboldt (1769-1859), cuyo viaje a América desde 1799 hasta 1804 resultó en su obra monumental, publicada de 1805 a 1834. *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América* constituye lo que llama el «atlas pintoresco» de su obra (Humboldt, *Vistas de las cordilleras*, pp. XIX-XXIII). Humboldt reconoció el gran valor de la colección y las investigaciones de Sigüenza. Al tener acceso a la colección de pinturas jeroglíficas la «más rica y más bella de la capital» mexicana, poseída en ese momento por el padre José Antonio Pichardo, miembro de la Congregación de San Felipe Neri, Humboldt comenta: «La casa de este hombre instruido y laborioso ha sido para mí lo que la casa de Sigüenza fue para el viajero Gemelli» (Humboldt, *Vistas de las cordilleras*, p. 96).

²¹ En la «Nota ilustrativa» a su *Historia*, Fray Servando Mier (*Historia de la revolución de la Nueva España*, p. 645) escribe:

Que *Quetzalcóhuatl* fuese Santo Tomás, lo sostuvo el célebre matemático e historiador, cosmógrafo mayor de las Indias, D. Carlos de Sigüenza y Góngora en su obra intitulada *Fénix del Occidente, el Apóstol Santo Tomás*, que citan D. Nicolás Antonio, Pinelo, la *Biblioteca Mexicana* de Eguiara, etc. El canónigo Uribe en su dictamen sobre el sermón del Dr. Mier dice que creía se quedó esta obra sólo intentada; y yo creo que necesitaba estudiar más, y hubiera leído en la *Libra astronómica* de dicho autor, que le imprimió en México el Factor del Rey, que éste, enumerando en el prólogo las obras de Sigüenza con distinción de las completas y comenzadas, pone entre aquellas la del *Fénix* y da un análisis de ella, por el cual sabemos que *Quetzalcóhuatl* era su Santo Tomás. El mismo Sigüenza, en el prólogo de su *Parayso Occidental*, la cita como acabada, sino que no salía a luz por falta de medios. Al mismo tiempo, esto es, mediado el siglo pasado, un Jesuita mexicano escribió en Manila la *Historia del verdadero Quetzalcóhuatl, el Apóstol Santo Tomás*.

Al evocar a Sigüenza en el momento de intentar comunicar sus propios sentimientos, Humboldt crea una viñeta imaginativa reveladora: confirma el rol fundacional que Sigüenza había tenido en el proceso lento e imperfecto de la recuperación de los conocimientos del antiguo mundo mexicano. El entusiasmo y el sentido de urgencia del distinguido estudioso y explorador prusiano no le habría sorprendido a Sigüenza. Como cuando elogió a Samuel Purchas, Sigüenza habría juzgado el proyecto monumental de Humboldt de la misma manera: «recopiló cuanto pudiera expresar en esta materia el amante más fino de nuestra patria». Y seguramente le habría dedicado al prusiano por lo menos una octava de alabanza, porque habría reconocido en Humboldt la finura de alguien, como él mismo, que cultivaba y avanzaba las artes y las ciencias de su época con el fin de abolir el olvido, tanto en servicio de la patria como en el del patrimonio de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Rolena, «Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700): “El amante más fino de nuestra patria”», *Hispanófila*, 171, 2014, pp. 11-27.
- BOONE, Elizabeth, *Incarnations of the Aztec Supernatural: The Image of Huitzilopochtli in Mexico and Europe*, Transactions of the American Philosophical Society, vol. 9, pt. 2. Philadelphia, The American Philosophical Society, 1989.
- BOTURINI BENADUCCI, Lorenzo, *Idea de una nueva historia general de la América septentrional*, [1746], facsímil de la primera edición, Sevilla, Extramuros Edición, 2007.
- BRYANT, William G. «Edición, notas, y cronología», en *Seis obras de Carlos de Sigüenza y Góngora*, prólogo de Irving A. Leonard, edición y notas de William C. Bryant, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984.
- BURRUS, Ernest J., «Clavigero and the lost Sigüenza y Góngora manuscripts», *Estudios de cultura náhuatl*, 1, 1959, pp. 59-90.
- BUXÓ, José Pascual, «El *Triunfo parténico*: jeroglífico barroco», en *Carlos de Sigüenza y Góngora: Homenaje 1700-2000*, coord. Alicia Mayer, México, UNAM, 2002, t. 2, pp. 79-95.
- CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México* [1780-81], prólogo de Mariano Cuevas, México, Editorial Porrúa, 1945.
- Codex Ixtlilxochitl: Reproduktion des Manuskriptes im Originalformat/Reproduction du manuscrit en format original*, prefacio de Ferdinand Anders, adaptación de Jacqueline Durand-Forest, Graz, Akademische Druck – u. Verlagsanstalt, 1976.
- COE, Michael D., «The Mexicans’ Manner of Dancing», en *Circa 1492: Art in the Age of Exploration*, ed. Jay A. Levenson, Washington, D.C. y New Haven, National Gallery of Art and Yale University Press, 1991, pp. 570-571.
- CORONA, Carmen, *Lunarios: calendarios novohispanos del siglo XVII*, México, El Día en Libros, 1991.
- COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana, o española* [1611], ed. Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2006.
- COROMINAS, Joan, con José A. PASCUAL, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 2002, 6 vols.
- CRUZ, Sor Juana Inés de la, «Neptuno alegórico» [1680], en *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, prólogo de Francisco Monterde, México, Editorial Porrúa, 2007, pp. 777-810.
- FERNÁNDEZ ARIZA, Guadalupe, «Estudio, edición y notas», en *Apología de Fray Servando Teresa de Mier*, Roma, Bulzoni, 1998.
- GARCÍA DE VALDEAVELLANO, Luis, *Curso de Historia de las Instituciones españolas: De los orígenes al final de la Edad Media*, Madrid, Alianza, 1998.

- GEMELLI CARRERI, Giovanni Francesco, *Viaje a la Nueva España* [1700], ed. Francisca Perujo, México, UNAM, 1976.
- GÓNGORA Y ARGOTE, Luis de, *Soledades* [1613], edición de John Beverly, Madrid, Cátedra, 2009.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto, «El monstruo de una especie y otra», en *La prole de Celestina*, Madrid, Editorial Colibrí, 1999, pp. 115-145.
- GUZMÁN Y CÓRDOBA, Sebastián de, «Prólogo a quien leyere» [1691], en *Libra astronómica y filosófica*, en *Seis obras de Carlos Sigüenza y Góngora*, prólogo de Irving A. Leonard, edición y notas de William C. Bryant, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984, pp. 243-246.
- HUMBOLDT, Alexander von, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América* [1813], prólogo de Charles Minguet y Jean-Paul Duviols, introducción, traducción y notas de Jaime Labastida, Notas adicionales de Eduardo Matos Moctezuma, Mercedes Olivera y Cayetano Reyes, México, Siglo XXI, 1995.
- KUBLER, George, y Charles GIBSON, «The Tovar Calendar, an Illustrated Mexican Manuscript ca. 1585, reproduced with a commentary and hand list of sources on the Mexican 365-day year», *Memoirs of the Connecticut Academy of Arts and Sciences*, 9, New Haven, CT., 1951.
- LAFAYE, Jacques, *Quetzalcóatl and Guadalupe: The Formation of Mexican National Consciousness, 1531-1813*, prefacio de Octavio Paz, traducción de Benjamin Keen, Chicago, University of Chicago Press, 1976 [1974].
- LEONARD, Irving A., *Don Carlos Sigüenza y Góngora: un sabio mexicano del siglo XVII*, traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984 [1929].
- MIER Y NORIEGA, Fray Servando Teresa de, *Historia de la revolución de la Nueva España, antiguamente Anáhuac* [1813], edición de André Saint-Lu, Marie-Cécile Bénassy-Berling, Jeanne Chenu, Jean-Pierre Clément, André Pons, Marie-Laure Rieu-Millan, y Paul Roche, prefacio de David Brading, París, Université de Paris III, La Sorbonne, 1990.
- MORE, Anna, «La patria criolla como jeroglífico secularizado en el *Teatro de Virtudes*», en *Carlos de Sigüenza y Góngora: Homenaje 1700-2000*, coord. Alicia Mayer, México, UNAM, 2002, t. 2, pp. 44-77.
- PAZ, Octavio, *Sor Juana Inés de la Cruz, o las trampas de la fe*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997 [1982].
- PURCHAS, Samuel, *Hakluytus Posthumus, or Purchas His Pilgrimes, Contayning a History of the World in Sea Voyages and Lande Travells by Englishmen and others* [1625], Glasgow, James MacLehose and Sons, 1905-1907, 20 vols.
- QUIÑONES KEBER, Eloise, ed., *Codex Telleriano-Remensis: Ritual, Divination, and History in a Pictorial Aztec Manuscript*, foreword by Emmanuel Le Roy Ladurie, illustrations by Michel Besson, Austin, University of Texas Press, 1995.

- SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de, *Libra astronómica y filosófica* [1691], en *Seis obras de Carlos de Sigüenza y Góngora*, prólogo de Irving A. Leonard, edición y notas de William C. Bryant, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984, pp. 241-409.
- *Noticia cronológica de los reyes, emperadores, gobernadores, presidentes y virreyes de esta nobilísima ciudad de México* [1680], Biblioteca Lilly, de la Universidad de Indiana, Bloomington, Indiana.
- *Parayso occidental: facsímile de la primera edición* (Mexico, 1684), presentación de Manuel Ramos, introducción de Margo Glantz, México, UNAM y CONDUMEX, 1995.
- *Primavera indiana: poema sacro-histórico. Idea de María Santísima de Guadalupe* [1668], en *Obras de Carlos de Sigüenza y Góngora*, ed. Francisco Pérez de Salazar, México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, 1928, pp. 347-377.
- *Teatro de virtudes políticas* [1680], en *Seis obras de Carlos de Sigüenza y Góngora*, prólogo de Irving A. Leonard, edición y notas de William C. Bryant, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984, pp. 165-240.
- TRABULSE, Elías, *Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora*, México, El Colegio de México, 1988.
- VEGA, El Inca Garcilaso de la, *Comentarios reales de los Incas* [1609, 1616], en *Obras completas del Inca Garcilaso de la Véga*, ed. Carmelo Sáenz de Santa María, Madrid, 1963-1965, Atlas, 4 vols.
- VILLELLA, Peter B., «Incan Lords, Hispanic Gentlemen: The Salazars of Colonial Tlaxcala», *The Americas*, 61. 1, 2012, pp. 1-36.



Estudios Indianos, 9

El presente libro incluye catorce trabajos que se enfocan en el estudio de diversos sujetos coloniales que vivieron en los virreinos americanos entre los siglos XVI y XVIII. El enfoque de cada uno es diverso, como diversos fueron estos sujetos y también las distintas estrategias que utilizaron, no solo para encontrar mejoras dentro del sistema colonial sino, en muchos casos, para reivindicar una identidad individual o colectiva. Se estudian en algunos de estos trabajos también las formas de representación (incluidas sus valoraciones) entre los diferentes grupos de sujetos coloniales: peninsulares, criollos, indios, mulatos, cimarrones; y las estrategias discursivas (imitación, representación, reescritura) que esgrimieron en sus respectivos proyectos. Merece atención en varios de los estudios el Inca Garcilaso de la Vega. Pero también pueden hallarse aproximaciones a las figuras de Alonso Enríquez de Guzmán, Titu Cusi Yupanqui, Carlos de Sigüenza y Góngora, Juan de Espinosa Medrano, Juan del Valle y Caviedes y José Joaquín Fernández de Lizardi, además de otros cronistas y textos de la época.

Carlos F. Cabanillas Cárdenas es profesor titular en la UIT Universidad Ártica de Noruega (Tromsø) y miembro asociado del Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra. Ha desarrollado su actividad investigadora sobre todo con relación a la obra del poeta colonial Juan del Valle y Caviedes, de quien ha realizado una edición crítica de sus poemas contra los médicos de Lima (*Guerras físicas, proezas medicales, hazañas de la ignorancia*) y varios estudios que aclaran el panorama textual de sus obras poéticas.



UNIVERSIDAD
DEL PACÍFICO

